

LOS LIBROS DE LOS ANCIANOS⁸

Los miles de hombres que se internaron en los desiertos cuando el Imperio romano se convirtió al cristianismo, no buscaban el elogio o la admiración de los hombres. Hubo cristianos en esa primera generación que no se avergonzaron de mirar al movimiento con disgusto -sin mencionar el horror con que lo vieron autores paganos como Eunapio-. Pero para quienes aceptaban el ideal, aunque personalmente no lo siguieran, era inevitable sentirse atraídos por él. Fue también inevitable que los guías del movimiento pusieran por escrito los consejos que daban a sus discípulos, y escribieran incluso tratados sobre la vida monástica. Las siete cartas atribuidas a san Antonio (+ 356) pueden ser razonablemente aceptadas como auténticas, e igualmente las de su sucesor Amonas, a quien se atribuyen también otros breves escritos. Pero es la Vida de Antonio por san Atanasio la que debe ser considerada como la Mente original donde se inicia la literatura monástica, el manifiesto que se difundió en pocos años por todo el mundo romano y que san Gregorio de Nazianzo describiera con razón como “legislación para la vida monástica en forma de relato”. Mientras tanto, en el Egipto superior la Regla pacomiana encontraba su forma literaria en copto (es una de las obras coptas más antiguas), juntamente con escritos homiléticos y cartas. Hacia fines del mismo siglo IV fue escrita en griego la primera Vida de Pacomio y Teodoro, con otra colección de historias sobre Pacomio y una vívida carta del obispo egipcio Amón, que describe, desde el punto de vista de uno que se hallaba desde hacía mucho tiempo instalado en el medio más sofisticado de los alrededores de Alejandría y del Delta, los tres años que pasó en su juventud con la comunidad, bajo Teodoro, en la década del 350. Sobre Scetis, ya no se puede considerar el cuerpo principal de los escritos “macarianos” como la obra de uno de los dos Macarios, o de origen egipcio. Pero esto no excluye la posibilidad de que algunas de las producciones literarias que se conservan en griego, siríaco o copto puedan ser rectamente atribuidas a alguno de ellos, o a Moisés, que vivió después. La atribución fue hecha por lo menos a finales del siglo V.

Pero el impulso literario más importante llegaría a Egipto desde el exterior. Los Padres capadocios hablan recibido el virus, y estaban iniciando la vida ascética, con su literatura propia, en las mesetas de Anatolia. Me su discípulo Evagrio Póntico quien, primero en Palestina y luego en Egipto, en el silencio de las Celdas de Nitria (recientemente excavadas en parte, muy oportunamente por Guillaumont y otros), construirla el gran “corpus” de doctrina ascética de los desiertos egipcios, mezclado con especulaciones cósmicas, según el legado de Orígenes, y que después de su muerte traería descrédito a su memoria, oscureciendo sus auténticas realizaciones.

Desde el mundo latino, Jerónimo y Rufino se instalaron en Palestina y, después de visitar los desiertos egipcios, antes de finalizar el siglo IV, dieron cada cual su contribución a la literatura monástica: Jerónimo, con cartas y las Vidas de Hilarión, Pablo el ermitaño y otros que fueron al menos buenas obras literarias, sin contar la traducción gracias a la cual se conservó el único texto sobreviviente de la Regla pacomiana y los escritos anexos (¿tan sólo deseáramos saber cuanta fe puede darse a su vigorosa construcción!). Uno de los discípulos de Rufino en el Monte de los Olivos escribió un relato de su peregrinación en 394 a los monjes de Egipto, principalmente en el Valle del Nilo y el Delta (la *Historia monachorum in Aegypto*); Rufino la tradujo al latín unos diez años más tarde, tal vez, con correcciones y adiciones que procedían de su conocimiento anterior de esas regiones. Evagrio ya usaba ampliamente las anécdotas para ilustrar su doctrina. Fuera de 61, la *Historia Monachorum* es la primera colección de relatos de los Padres del Desierto. Pero serán los discípulos de Evagrio los principales testigos literarios de la edad de oro de Nitria y Scetis. Paladio, en su violento *Diálogo sobre la vida de Crisóstomo*,

⁸ Traducido del inglés.

escrito mientras estaba desterrado en la Tebaida, da muchos detalles sobre los monjes y sus sufrimientos en manos del patriarca Teófilo. Pero es su madura obra posterior, la *Historia Lausiaca*, escrita hacia 420, cuando un velo ya habla sido echado sobre la tragedia, la que nos da un cuadro detallado y claro por primera vez de Nitria y las Celdas, principalmente, pero extendiéndose hasta el desierto más alejado de Scetis (el Wadi Natrun), por el Nilo hasta Licópolis e incluso Syena, y también Palestina. Scetis, principalmente (pero también algunos de los centros monásticos del Delta del Nilo), constituye el marco de las *Conferencias* de Casiano, quien, escribiendo poco tiempo después de Paladio y tras una ausencia de Egipto de más de veinte años, quiere reproducir la enseñanza de los Padres del desierto y la de su maestro Evagrio, aligerada de sus especulaciones (el nombre de Evagrio no es mencionado siquiera), para las nacientes comunidades de Galia. Las *Instituciones*, algo anteriores, nos dan valiosa información sobre la vida monástica en otras partes de Egipto y en Palestina.

Al mismo tiempo crecía un gran cuerpo de tradición oral, con relatos de los dichos y hechos de la primera generación de monjes algunos nombres son famosos, otros solamente recordados aquí, y estas tradiciones debían ser puestas por escrito tarde o temprano, y los recuerdos de las generaciones siguientes se acumularían en torno a ellas. No se limitarían tampoco a Scetis y Nitria. Un movimiento fuera de estos centros había comenzado ya en 357, cuando Sisoos encontró que Scetis (¿o se trata de Nitria?) se había poblado demasiado, y se mudó a la Montaña interior de Antonio, abandonada desde la muerte del santo y el asesinato de sus dos discípulos. Mas tarde y en el mismo siglo, Silvano y sus discípulos se trasladaron primero al Sinaí y después a su Palestina natal. Esta escuela bien merecería que se le dedicara una monografía. Al finalizar el siglo se produjo la crisis acerca del “origenismo” descrita por Paladio y los demás historiadores. Tal vez sea un relato unilateral, el suyo, mas parece que Nitria nunca se recuperó después de esos incidentes. En 407-8 ocurrió la primera gran devastación de Scetis (que había sido preponderantemente antiorigenista), en la cual sufrieron el martirio Moisés el etíope y otros, y hubo un éxodo general, aparentemente repetido hacia 434 (y seguido de otro, posiblemente, en el mismo siglo y también hacia 570).

Este sería el tiempo naturalmente indicado para la aparición del núcleo en torno al cual debía crecer el cuerpo llamado comúnmente *Apophthegmata Patrum* término bastante conveniente si no fuera porque la colección está formada en escasamente menor medida por los hechos de los Padres, y no solamente por sus palabras. El término griego con que se la designa es *Gerontikon* o *Paterikon*, y es el primero de éstos que me propongo usar. Es una colección en la que no se puede abrir una página sin encontrar algo penetrante para nuestras propias vidas ¡qué humanos eran esos monjes! Sin embargo, a pesar del trabajo hecho en el pasado por Rosweyde y otros, haciéndola accesible en cierta medida a los estudiosos, la colección ha comenzado apenas a ser conocida por el público. Os vasto que hoy la necesita. Debemos agradecer al P. Guy, a Dom Regnault y a los monjes de Solesmes por habernos dado finalmente (mientras se espera la edición completa de los textos griegos) traducciones francesas que cubren casi todo lo que ha sido conservado⁹. Estos estudiosos, juntamente con el Profesor Draguet y otros, y Bousset, en una generación anterior, comenzaron a poner orden en el caos de nuestra comprensión de la naturaleza del *Corpus*, y pudieron sacar algunas conclusiones sobre el proceso de su formación.

El “Corpus” de Apotegmas llega a nosotros en dos formas principales. Parte de una de ellas es la “colección alfabética”, que contiene relatos de los Padres distribuidos de acuerdo a la letra inicial de su nombre. Fue publicada por Cotelier (en el siglo XVII) y reeditada por Migne, PG 65, pero una edición crítica es necesitada con urgencia. Tal como se encuentra en todos los

⁹ *Les Apophthegmes des Pères du Désert. Serie alfabético-anonyme. Introduction et traduction française par Jean-Claude GUY, S.J. Abbaye de Bellefontaine, 1966 (Coll. Spiritualité Orientale, n° 1).*

Les Sentences des Pères du Désert. Recension de Pelage et Jean. Introduction de Dom L. REGNAULT. Traduction de Dom J. DION et Dom G. OURY. Abbaye Saint-Pierre de Solesmes, 1966.

Les Sentences des Peres du Désert. Nouveau recueil. Apophthegmes inédits ou peu connus, rassembles et présentés par Dom L. REGNAULT, et traduits par les moines de Solesmes. Abbaye Saint-Pierre de Solesmes, 1970 (contiene el resto del ms. Coislin. 126, editado parcialmente por Nau; y otras colecciones).

manuscritos más importantes contiene algunas piezas que son del siglo VI, como las de Focas, aunque una sección de Juan Mosco (Juan de Cilicia, bajo el nombre de Juan el Eunuco 36), que daría a la colección una fecha aún posterior, aparece solamente en un manuscrito (y en el texto impreso).

Pero el prefacio de esta colección alfabética habla de una colección de historias anónimas que debería encontrarse a continuación. Así se la encuentra en varios manuscritos, uno de los cuales contiene más de 700 piezas. Nau inició la publicación de un manuscrito con esta serie (Coislin. 1261, con 669 piezas), pero fue interrumpido por la guerra de 1914-18, y nunca se completó la publicación. Los monjes de Solesmes nos ofrecen ahora el texto íntegro en traducción francesa, exceptuando algunas piezas, de las cuales se da la referencia a las traducciones existentes. Tal como la conocemos, la colección se extiende al menos hasta el siglo VII, con algunas historias de Anastasio del Sinaí y el relato de la toma de Jerusalén por los persas. El P. Guy, en un análisis magistral, ha concluido que el núcleo primario debe encontrarse en la sección IV (N. 133-369), donde hallamos una distribución de la materia en catorce capítulos, de acuerdo al sujeto. Pero las dos secciones precedentes (N. 132 A a 132 E y N. 89 a 123) merecen también especial atención, como veremos.

Esto nos lleva a la segunda forma de la colección: la sistemática, la cual, aunque no ha sido publicada todavía en griego, fue editada por Rosweyde (*Vitae Patrum* V-VI) y de nuevo por Migne, PL 73, cols. 855-1022, en la traducción latina hecha a mediados del siglo VI (la fecha es segura) por Pelagio y Juan. Como Juan tomó la traducción en la mitad del capítulo 18 de la obra (que tiene 21 en total), este aparece como dos capítulos en las ediciones y en las tablas de Bousset. Guy lo ha corregido en sus tablas. De los primeros 18 capítulos, los títulos de 14 de ellos corresponden, con una ligera diferencia en el orden, a los que hemos mencionado en la colección anónima, sección IV. El capítulo 19 tiene muy pocas piezas anónimas. El capítulo 20 está concentrado en torno a la sección III de los anónimos. El capítulo 21 es la sección II de GN (teniendo en cuenta que Nau fue su editor, conviene referirse a la colección alfabético-anónima como GN; G corresponde a la alfabética editada por Cotelier. Las piezas alfabéticas que faltan en G, se identifican con el nombre del personaje y una S = suplemento, antes del número. Han sido editadas recientemente por Guy. La colección sistemática, tal como ha sido publicada, será PJ = Pelagio y Juan).

Cada capítulo se abre con anécdotas de ladres nombrados según el orden alfabético. En PJ, muy pocas de estas últimas no se encuentran igualmente en G (siete citas de Evagrio, dos de Casiano, diez de Hiperequio, cuatro de Pastor-Poimén, tres de Sinclética, una de Pambo, y el capítulo de la *Historia Lausiaca* sobre Piterum). Normalmente, aunque no siempre, se dan en el mismo orden que tienen en G. Después de las piezas nominadas, siguen las anónimas. De estas, solamente cinco parecen estar ausentes totalmente de GN, aunque a veces un anónimo corresponde a un nominativo, y a veces se la encuentra en N pero no en la sección IV.

Otros manuscritos griegos de la sistemática muestran una colección M extendida, y las divergencias con GN son mayores. Me limité a propósito a PJ, porque parece que esta forma primitiva de la colección es la más importante cuando se intenta discutir la relación entre ella y GN. Los estudiosos concuerdan con razón en que GN no puede depender de la sistemática. Pero ¿puede esta última depender de GN? Bousset dice que sí. Guy dice que no. Yo no creo que sus argumentos sean concluyentes, en parte porque él comparó GN con la sistemática completa y no con PJ, más breve y seguramente anterior. Cuando consideramos las alteraciones en el orden que se dan entre los manuscritos de un mismo texto, las variantes en el orden entre PJ y GN no son muy grandes y pueden explicarse fácilmente por otras razones, empezando por el sentido estilístico del propio compilador. Muchas de las diferencias citadas si desvanecen cuando observamos los demás manuscritos de GN, en lugar del texto impreso¹⁰. Si PJ no dependiera de

¹⁰ De los diecisiete casos citados por GUY (*Recherches sur la tradition grecque des Apophthegmata Patrum*. Bruxelles, 1962, pp. 106-197) de transposición de atribución entre ambas colecciones, cuatro están ausentes de PJ,

GN habría que explicar la gran identidad en el orden. Pero con esto no queremos decir que GN signifique la colección tal como la conocemos hoy. Muchos nombres que se encuentran en todos los manuscritos no estuvieron siempre allí -más arriba hemos mencionado el caso de Focas-. De hecho, la ausencia de un pasaje de GN en PJ sugiere, aunque ciertamente no lo prueba, que no se encontraba en la forma más antigua de G. Igualmente, Guy ha demostrado que sólo N. 133 a 369 constituye el núcleo original de N.

¿Dónde podremos encontrar el carácter de la obra? Una colección nostálgica, reunida en base a la tradición oral o por los más ancianos sobrevivientes como Sisoos, de los dichos de la primera generación: Antonio, Macario, Pambo, Pior, Or, etc. No son muchos los nombres que nos sean conocidos por la *Historia Monachorum* o la *Historia Lausiaca*. Este número, sin embargo, aumenta a medida que nos acercamos a la devastación de Scetis, el Wadi Natrum, y no Nitria, Pernûj, es la fuente original del *Gerontikon*. Son más numerosas todavía las historias de aquellos que estuvieron en Scetis pero se trasladaron luego, cuando la devastación o antes: así tenemos a Juan el corto (Colobos), Arsenio, Agatón, Daniel, Pastor y sus hermanos, y otros más: ninguno de ellos es mencionado por Paladio. Tenemos además a los monjes de Enatón, el monasterio situado en la novena milla de Alejandría y que fue un centro de oposición a Calcedonia (451), a Longino, líder de esa oposición y a su maestro Lucio, ambos están presentes en la tradición más antigua y se encuentran tanto en G como en PJ, aunque Longino ocupa un lugar mayor en las recensiones posteriores de la sistemática. En Pastor 183 (se conserva igualmente en PJ), oímos acerca del sirio Abba Juan, exiliado por el emperador Marciano. Tan solo una historia se halla en ambas colecciones (G y PJ) sobre Gelasio, el palestino defensor de Calcedonia. El relato de Gelasio 4 acerca de su lealtad a Calcedonia y a Juvenal se encuentra solamente en G y es, con toda seguridad, una adición tardía.

¿Qué obras se citan en el *Gerontikon*? Os cartas de san Antonio (Antonio G. 8, 9 y 22), pero no su *Vida*, que era tal vez demasiado conocida para ser citada. Tampoco las cartas u otros escritos de Amonas ni los de Macario (según creo) Probablemente se citan escritos atribuidos a Moisés; de Evagrius, con frecuencia; de Paladio, una vez al menos: Pambo 8 = PJ 1,16. La *Historia Monachorum* es citada, pero me parece que no se la encuentra en pasajes comunes a ambas colecciones. Casiano, cuyas obras fueron traducidas al griego muy pronto, es citado muchas veces en pasajes comunes a ambas colecciones.

¿Qué otras fuentes hay? Una, por lo menos ha salido a la luz recientemente. En su edición de las versiones siríacas de Abba Isaías, el profesor Draguet ha publicado (*Logos* siglo VI) una colección de apotegmas en la que Isaías habla en primera persona de anécdotas que le fueron referidas. Draguet publicó no solamente el siríaco, sino también el original griego conservado en un manuscrito de Moscú (Mus. Hist. 320 = Vladimir 177). Como lo expongo en un artículo que será publicado en *The Journal of Theological Studies*, todos los informantes de Isaías deben haber hablado después de 450. Todos estos apotegmas están reproducidos de acuerdo a la manera de G, pero a menudo están abreviados. Casi todos ellos están también en PJ. Además, las obras de Abba Isaías son citadas en Isaías G. 911 (el Isaías de G. 18 es, generalmente, al menos, otro Isaías), pero no en PJ, aunque se encuentran encabezando el capítulo 21 de todos los demás manuscritos de la sistemática. Puede ser que no estuvieran en las formas antiguas de ambas colecciones, aunque las referencias a Isaías se hacen más frecuentes en los manuscritos posteriores.

seis podrían ser igualmente atribuidas a cualquiera de los dos Padres -FJ no tiene por qué seguir ciegamente la atribución de G-; la confusión entre Matos y Motius es muy natural; Tithoes y Sisoos son variantes de un mismo nombre; en las dos citas de Orsio, la lectura de PJ en ambos casos es Orsio, aunque esto parece haber causado sorpresa a Bousset; Serapión 4 es un extracto de Casiano. De los treinta y tres apotegmas nominales que aparecen como anónimos en la sistemática, once no se dan en PJ; quince están en N y en G (y doce de ellos en la sección IV), lo que parece indicar que su presencia en G es una adición posterior. De los dieciséis ejemplos citados de integración de apotegmas anónimos de N. en fragmentos nominales de la sistemática, siete no se encuentran en PJ, y el Pastor de XI, 63 (PJ) es el suplemento Pastor S. 18, citado por Guy como presente en los manuscritos ACBJ LF.

En otro lugar hemos sugerido que Gaza, -creemos que fue éste el medio de *Abba* Isaías es donde se formó la primera gran colección de apotegmas. Era una región de alto calibre intelectual, a la que se retiraron monjes principales de Egipto, en una época en que, en cuestiones dogmáticas y políticas, los cristianos estaban oprimidos con el sentimiento de un desastre inevitable, y desearían, más que nunca, asegurar la supervivencia de un recuerdo de los grandes días de los monjes, a algunos de los cuales habrían conocido en su juventud

*Moravel, Llangwnnndl, Pwllheli
Gran Bretaña*

NOTA DEL TRADUCTOR: De las obras citadas por el autor en el artículo precedente han sido editadas en castellano las siguientes:

APOTEGMAS DE LOS PADRES

Los Dichos de los Padres del Desierto (serie alfabética). Introducción selección y traducción por Mauro Matthei, osb, en: *CuadMon* 1966, nº 1, Fuentes 22 pp.; 1966, nº 2, Fuentes, 20 pp.; 1967, nº 3, Fuentes, 13 pp.; 1968, nº 7, pp. 105-121.

Dichos de los Padres del Desierto. Suplemento a la serie alfabética. Introducción y traducción por Martín de Elizalde, osb, en: *CuadMon* 1971, nº 17.

JERÓNIMO, S.

Cartas. Edición bilingüe. Introducción, versión y notas por D. Ruiz Bueno. Madrid. La Editorial Católica, 1962. Vols. I-II (BAC 219-220).

JUAN CASIANO

Colaciones. Presentación y traducción de León M. y Próspero M. Sansegundo, osb. Madrid, Rialp, 1958-1962. Vols. I-II (Nebli 19-20).

Instituciones. Presentación y traducción de León M. y Próspero M. Sansegundo, osb. Madrid, Rialp, 1957 (Nebli 15).

MACARIO, Seudo

Las Homilias espirituales III y LVI. Introducción selección y traducción por monjes de Las Condes; el: *CuadMon* 1969, nº 8, pp. 157-174.

Homilía XVIII. Traducción de Tomás Moreno, osb, en: *CuadMon* 1969, nº 9, pp. 101-111.

ORSISIO, S.

Libro de Nuestro Padre Orsio. Introducción, traducción y notas de Martín de Elizalde, osb, en: *CuadMon* 1967, nº 4-5, pp. 173-244.

PALADIO

Diálogo histórico. Sobre la vida y hechos del bienaventurado Juan, obispo de Constantinopla, el Crisóstomo, en: *Obras de San Juan Crisóstomo. Tratados ascéticos*. Texto griego, versión española y notas de D. Ruiz Bueno. Madrid La Editorial Católica, 1958, pp. 125-296 (BAC 169).

El mundo de los Padres del Desierto (Historia Lausiaca). Versión, introducción y notas de León E. Sansegundo Valls. Madrid, Studium, 1970.